

Todas las actividades honestas (y algunas que no lo son) sufren la crisis económica, las culturales y artísticas entre ellas. Dentro de las últimas, la música parece una de las más profundamente perjudicadas, tanto por factores propios como externos a ella. Probablemente, entre todas las artes será la que exija, para salir de su actual postración, un esfuerzo de imaginación más grande y el combate contra un número mayor de prejuicios.

Se puede afirmar que en nuestro medio se practican profesionalmente dos clases de música: la "cultura", que tiene su máxima representación en la Orquesta Sinfónica Nacional (OSN) y es consumida por una minoría muy pequeña, y la "popular", constituida por numerosos grupos que tocan en bailes y en ocasiones graban discos, escuchada y gustada por un sector grande de la población.

La "cultura" tiene escasa demanda y es muy cara, al menos en su forma sinfónica, considerada frecuentemente como la más alta expresión occidental. No puede sobrevivir, en ninguna parte del mundo, si no es mantenida, sea por el Estado, sea por particulares: el costo de producción es mayor que la demanda del producto acabado.

En Costa Rica, su real desarrollo comienza a principios de la década de los 70, con la reestructuración de la OSN y la creación de su Programa Juvenil. Para ello se contratan músicos extranjeros que vienen a tocar en la Orquesta y a enseñar en el Programa. A la vez, dan clases en otras instituciones, como la Universidad de Costa Rica, el Conservatorio Castella y la Universidad Nacional (cuya escuela de música, fundada en 1974, se revela, en pocos años, como una opción diferente a las tradicionales).

Entre estos profesores se distinguen categorías. Están los que pasan uno o dos años en el país, no aprenden el idioma, no se interesan por las costumbres, no hacen ningún esfuerzo de integración, ni contribuyen al proceso y, en consecuencia, generan legítimo rechazo entre los costarricenses. Pero están también los otros, los que aportan técnica y arte, a veces en grado sustantivo, los que forman seriamente a nuestros jóvenes, los que permanecen y ponen su experiencia al servicio del país, intentando, en algunos casos con gran éxito, repensar musicalmente a Costa Rica. Estos son, junto con los nacionales que comprenden el desafío de la "modernización" musical, los que dan la medida de las nuevas exigencias del medio. Por primera vez se aspira al profesionalismo, muchos van al exterior a perfeccionarse, comienza a cambiar la actitud social frente al músico, que adquiere una honorabilidad desconocida hasta el momento.

Simultáneamente, la Orquesta asume su elitismo como virtud, rechaza o ignora otras formas de expresión y hace "extensión" según el tradicional y estrecho concepto de "llevar la cultura al pueblo". En la misma línea mantiene una estructura vertical que facilita, en los últimos años, la acción de factores externos negativos.

Por su parte, la música "popular" se desenvuelve dentro del plano comercial más pedestre y, en ese sentido, resulta demasiado generoso calificarla como arte, al menos en el estado en que se encuentra. Muchos grupos pertenecen a empresas cuyo único fin es el lucro: explotan a los músicos (que están gremialmente desorganizados) y se desprecupan de la calidad. Otros conjuntos, que conservan o ganan la independencia, se salvan de la explotación, pero por falta de competencia y de estímulos artísticos caen también en el comercialismo. (Los escasos intentos de lograr resultados diferentes no están ni cerca de modificar la situación).

La mayoría de quienes practican este tipo de música no pueden leerla ni escribirla: son "guataqueros", tocan de oído. Este elemento, que permite (y exige) el desarrollo de algunas facultades musicales que los músicos "lectores" normalmente no



DEL FUTURO MUSICAL DEL PAIS

Diego Díaz

poseen, representa, sin embargo, un freno para el crecimiento del género popular. Las exigencias técnicas son mucho menores y el propio pensamiento musical se anquilosa, atrapado dentro de los estrechos límites del afán de lucro y de las deficiencias formativas, dialécticamente relacionados.

El género popular comercial está, además, determinado por los medios masivos de comunicación. Ni músicos ni pueblo fijan el desarrollo del proceso. Televisión, radio, cine, editoras de discos, etc. crean la necesidad y a continuación, los conjuntos populares repiten, en versiones muchas veces desleídas, las piezas y los géneros de moda.

Así las cosas, llega la crisis.

Al Programa Juvenil de la Orquesta —más importante que ésta en la medida en que está pariendo a la mayoría de los futuros músicos profesionales costarricenses— lo encuentra a medio camino. Diez años no alcanzan para crear una generación de instrumentistas y resultan ridículamente insuficientes para formar profesores de instrumento. En un solo año la fisonomía de la institución cambia radicalmente: todos los mejores instrumentistas y profesores se van y también muchos de sus sustitutos. Las autoridades de la institución y del Ministerio se empeñan en no darse cuenta del desmoronamiento. Niegan la crisis, acusan a los extranjeros fomentando un absurdo "chauvinismo", dejan que la situación se desbarraque sin remedio, mostrando —por lo menos— una increíble negligencia. El deliberado verticalismo que siempre existió internamente hace más fácil la demolición: no hay posibilidad de oponerle trabas eficaces. La orquesta de la década pasada ya no existe; de sus escombros debe surgir otra, otro Programa Juvenil, diferentes,



que aprendan de los errores, que sean capaces de resistir desde adentro otros posibles embates destructivos, que sean flexibles para adaptarse en cada momento a las necesidades del país.

En el campo popular, que este sí vive exclusivamente de lo que pagan sus consumidores, la crisis significa menos trabajo y peores condiciones. El público de estos conjuntos proviene, en su mayoría, de sectores económicamente débiles, que son, asimismo, los más afectados por la crisis. Lógicamente, antes que la comida, los hombres abandonan los entretenimientos. Hay menos bailes y disminuyen también los músicos que pueden vivir de manera estable desempeñando esa profesión; las empresas pagan menos y exigen más; la falta de un gremio sólido impide resistir y la máquina, representada por el discomóvil, sustituye en buena parte al trabajo en vivo.

En principio (aunque este aspecto es más complejo), la crisis afecta también la calidad: hay menos tiempo para formarse porque es más urgente salir a ganar dinero, los conjuntos buenos son más caros y, por lo tanto, resulta económicamente menos arriesgado contratar a los de calidad inferior.

Pero no todo es malo en el deterioro. La bonanza da ilusión de eternidad a las cosas buenas y también a otras que, por estables, tienden a perder su carácter negativo. La crisis, en cambio, demuestra su naturaleza perecedera y pone más en evidencia los defectos. La imaginación se aguza, la creatividad trabaja intensamente, la audacia se torna un ingrediente necesario de la acción. Claro que hay quienes sueñan con un regreso al pasado, quienes intentan copiar servilmente la historia, como si eso se pudiera.

En esa precisa situación nos encontramos. La estructura musical del país se derrumba, pero estos años no deben haber pasado en vano: desarrollo técnico y artístico, y conciencia crítica no debemos admitir que se pierdan.

La falla más grave del esquema musical anterior es que no respondía a las verdaderas necesidades de Costa Rica.

Por un lado, una orquesta sinfónica, transmisora de tradiciones elitistas muy valiosas pero ajenas al sentir de la mayoría de la población; demasiado cara para nuestro subdesarrollo, una especie de gran dinosaurio, de aquellos que se extinguieron por su incapacidad de adaptarse; vehículo, sin embargo, de la fecunda semilla del profesionalismo, capaz de extenderse a otros niveles de la manifestación musical. Una orquesta que hizo menos de lo que sus creadores creen y más de lo que ellos suponen.

Por el otro, un enjambre de pequeños conjuntos, en fluida relación con el pueblo pero emponzoñados por la cultura de masas que les exige imitar lo que imponen los grandes medios de comunicación. Empírica, artesanal, mal formada, esta música resulta a veces fresca y casi siempre impotente.

La Orquesta y su Programa Juvenil deben seguir existiendo, pero, ojalá, despojados de la soberbia de creerse depositarios de la música. La música comercial popular también seguirá existiendo, porque la sustentan poderosos intereses económicos, los mismos que la hacen en general degradada e inferior.

Las nuevas tareas, las de la crisis, están a mi juicio en el medio de los extremos expuestos.

Una de ellas es dar a la gente las herramientas para expresarse, para dejar de ser simples consumidores. En muchas comunidades existen conjuntos instrumentales, corales o mixtos que intervienen en festejos populares, civiles o religiosos, sin recibir ningún respaldo ni estímulo verdadero. Y no reciben apoyo, fundamentalmente porque no hay nadie preparado para dárselo. El país necesita promotores musicales que organicen talleres de ejecución y de creación con voces —los instrumentos más baratos— y otros instrumentos económica y técnicamente accesibles —guitarras, por ejemplo—. De esa práctica previa a la teoría y a la técnica irá surgiendo la necesidad de adquirir conocimientos, y entonces los promotores serán también docentes. De esas dos etapas sucesivas surgirán productos impredecibles y auténticos si se le da a la gente la posibilidad real de expresarse.

La otra tarea es la de borrar las caprichosas fronteras entre “cultos” y “populares”, a lo que en cierta medida han empezado a contribuir algunos grupos, incipientes y muchas veces confusos, que prueban caminos nuevos o repiten los recorridos en otras partes, empujados por el impulso de renovar modelos desgastados. Para entender esto hay que situarse más allá de la crisis económica de Costa Rica, en una crisis más general y grave: la del agotamiento de los intentos musicales de las minorías ilustradas de Occidente. Cada vez que la música predominante en una etapa histórica se ha visto enfrentada a la esterilidad ha recurrido a refrescarse en el contacto con las manifestaciones del pueblo o a interaccionarse con otras artes. Escribir una sinfonía, hoy en Costa Rica, es alimentar al dinosaurio. Participar en producciones en las que se encuentren la música, el teatro, la danza, la poesía, sin corsés formales ni prejuicios elitistas es ayudar a generar nuevas estructuras, vivas y cercanas a la auténtica realidad social.

Repetir los fracs y las reverencias del concierto burgués mientras se abandonan los oídos del pueblo a la avidéz comercial de la cultura masiva, puede ser una tentación por su facilidad, porque no exige ningún esfuerzo imaginativo. Pero es una falsa solución condenada al fracaso. Apostar a la mayoría de la población, confiar en ella es no sólo un camino positivo sino el único que, a la corta o a la larga, garantiza el estar transitando en el mismo sentido de la historia.